

UN VIAJE AL FOLK HORROR DE LA SELVA

Vilar Madruga, E. (2023). *El cielo de la selva*. Elefanta Editorial

La tierra se bañaba con la sangre recién derramada y la bebía sin contemplaciones. Quería más. Estaba aún sedienta.

Elaine Vilar Madruga

Elaine Vilar Madruga nació en La Habana en 1989. Es narradora, poeta y dramaturga, formada en Arte Teatral con especialidad en Dramaturgia por el Instituto Superior de Arte de Cuba. A lo largo de su carrera ha publicado más de treinta libros en editoriales de América y Europa, y ha participado en numerosas antologías internacionales. Su escritura abarca la novela, el cuento, la poesía, el teatro y la literatura para niños y jóvenes, siempre con un marcado interés por lo fantástico y la ciencia ficción. Entre sus obras más representativas se encuentran las novelas *Salomé* (2018) y *La tiranía de las moscas* (2021). En antologías ha publicado “Las fieras” en *Dantescas: Cuentos de mujeres que descendieron a los infiernos* (2023) y “La virgen de las orejas” en *Cabezas en la ventana: Antología de terror latinoamericano* (2024). Entre sus libros de poesía destacan *Sakura* (2016) y su más reciente publicación, *Las tarántulas* (2025). Gracias a su destacada trayectoria, Vilar Madruga ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos el Premio Cálamo al Mejor Libro del Año (2021) por *La tiranía de las moscas*, la nominación al Premio Finestres de Narrativa y el Premio *Nollegiu* a la Mejor Novela del Año en Español (2023) por *El cielo de la selva*.

En el plano narrativo, *El cielo de la selva* se construye como una novela coral organizada en veintitún capítulos breves, cada uno de ellos centrado en la historia de un personaje: la Vieja, Santa, Ifigenia, Lázaro, la Perra, Romina y el grupo de niños que habitan la hacienda. Este diseño genera un relato polifónico que alterna voces y perspectivas, transitando entre la primera, segunda y tercera persona del singular, así como la primera del plural. La narración se inicia *in media res*, recurso que

evita los preámbulos y sitúa al lector de inmediato en el desarrollo de los acontecimientos. A partir de ahí, se organiza mediante analepsis que reconstruyen el pasado y revelan de manera gradual la genealogía de la comunidad, así como los vínculos que sostienen sus relaciones.

La selva, con su densidad impenetrable, se convierte en un escenario perfecto para el terror: un espacio salvaje que desafía toda domesticación y oculta secretos entre su follaje. Sus caminos ocultos permiten que lo desconocido surja en cualquier instante, enfrentando al ser humano con su propia fragilidad y exponiéndolo a la fuerza hostil de la naturaleza. Precisamente en este espacio se desarrolla la historia de *El cielo de la selva*, sumergiéndonos en un relato selvático de terror en el que el personaje principal es la selva misma. En la obra, la selva se erige como un dios monstruoso y voraz que mantiene a los personajes en aislamiento y que exige sacrificios humanos, particularmente de niños. Todo aquel que desea sobrevivir debe contribuir a este orden, sobre todo las mujeres, que están obligadas a embarazarse y entregar a sus hijos como ofrenda. Así, la novela nos muestra que lo máspreciado dentro del orden social impuesto por la selva son las mujeres jóvenes y fértiles capaces de parir su alimento y los niños, destinados a esperar el llamado inexorable de la selva roja para saciar su hambre antigua.

En este contexto, la maternidad constituye el eje central de la obra, entendida como una imposición social que determina el valor y el destino de las mujeres. La gestación y el cuidado de los hijos se presentan como actos opresivos, a través de los cuales la comunidad y la propia selva regulan la existencia femenina, reflejando su poder absoluto, como señala la novela: “La naturaleza era también jíbara y sólo creía en su propio paso y en sus leyes, con ella no se podía negociar, a ella no le importaba que el mejor vientre de la hacienda hubiera dicho *basta*” (p. 20). Desde su epígrafe tomado de *Medea*, la novela abre un diálogo con la tragedia clásica y con la venganza maternal, invitando a reflexionar críticamente sobre cómo se conciben las maternidades. A través de recursos alegóricos, intertextuales y simbólicos, la obra aborda la violencia, la sexualidad y los deseos oscuros de las mujeres, conformando un mosaico de maternidades atípicas que desafían lo convencional y convierten la crítica social en un relato perturbador.

En coherencia con el lugar central de la maternidad en la trama, la obra se construye principalmente en torno a protagonistas femeninas. Entre ellas destaca La Vieja, primera en llegar a la hacienda y que asegura la continuidad de las normas que rigen a la comunidad; Santa, su hija, al borde de la menopausia, cuya capacidad reproductiva se ha perdido y que empieza a tener anhelos de comer la carne de sus hijos, con el deseo de recuperar la vida que ya no puede engendrar; Lázaro, pareja de Santa y único hombre en la hacienda con permanencia prolongada, encargado tanto de producir alimento para la selva como de realizar los sacrificios; Ifigenia, hija de Santa y Lázaro, es una niña marcada por el temor constante de ser sacrificada, mientras sueña con escapar. La Perra (Ananda), hija de la Vieja, ha rechazado la maternidad y, como castigo, es deshumanizada y reducida a condición animal. Finalmente, Romina, mujer adicta y prostituta, busca en la hacienda un refugio frente al mundo exterior, sin imaginar que allí el terror seguiría marcando su vida.

Reuniendo los elementos previamente señalados, uno de los aspectos más valiosos de *El*

cielo de la selva es la marcada presencia de rasgos propios del folk horror, evidentes en la configuración del espacio y en las dinámicas sociales de la comunidad. Este subgénero se caracteriza por desarrollarse en entornos estrechamente vinculados a la naturaleza, donde la luz del día contrasta con los actos violentos y los misterios antiguos que permanecen ocultos. Las historias se desarrollan en comunidades aisladas, ya sea por su lejanía geográfica o por su independencia de las normas urbanas, lo que permite que la influencia de la “civilización” sea mínima. Los habitantes se rigen por códigos éticos propios, donde los límites entre lo correcto y lo incorrecto se difuminan. Asimismo, los rituales y ceremonias vinculados a deidades o poderes ancestrales refuerzan la tensión entre lo tradicional y lo moderno. La convergencia de estos elementos configura un ambiente inquietante, donde las comunidades, aunque semejantes a las convencionales, se rigen por lógicas propias, y el horror brota de lo antiguo y lo folclórico, dando lugar a una experiencia terrorífica y profundamente hostil.

En *El cielo de la selva*, la primera característica del folk horror se hace evidente a través del estrecho vínculo entre los personajes y la naturaleza. La historia se sitúa en una hacienda oculta por la selva, un espacio que decide quién puede entrar y quién puede salir. Aunque inicialmente la selva parece un simple entorno físico que rodea a los protagonistas, en la novela la naturaleza va más allá, pues pronto se revela como un personaje con voluntad propia, capaz de imponer reglas y ejercer violencia. Por ejemplo, cuando la selva exige un sacrificio, involucra a cada elemento natural en la construcción de un espacio ominoso y amenazante.

Cerré los ojos para no ver más y escuché los sonidos de la selva al alimentarse: el de los pájaros que comían la lengua de mi chamaco hermoso y picoteaban luego sus partes blandas, el de los insectos que lo dentelleaban con esmero, las hormigas que pellizcaban trozos y el vapor de la selva que bebía su sangre. (p. 225)

De igual forma, el aislamiento de la comunidad y sus normas morales distorsionadas se manifiestan como elementos centrales del folk horror, reforzando la sensación de clausura y de autonomía absoluta. La hacienda, rodeada por la selva impenetrable, funciona como un límite natural frente al mundo exterior, condicionando la vida de quienes la habitan y protegiendo sus reglas internas y rituales. Este aislamiento intensifica la tensión entre lo civilizado y lo primitivo, creando un espacio donde los personajes dependen de su propio código ético para sobrevivir. La maternidad obligada y los niños son ofrecidos como alimento, reflejando una moral deformada que normaliza la violencia y perpetúa el ciclo. La novela lo ejemplifica de manera clara: “Comer la carne de las crías no le estaba permitido. A nadie. (...) Aquella era la primera regla de la hacienda. La regla que sembraba las fronteras entre civilización y voracidad, entre civilización y la locura del caos” (p. 23). De este modo, la obra construye un microcosmos cerrado y amenazante, donde la comunidad, aislada del mundo exterior, desarrolla sus propias reglas y rituales, consolidando el carácter inquietante y singular del folk horror.

Dentro de este marco, el ritual se convierte en el espacio donde dichas características alcanzan su mayor intensidad, pues el sacrificio actúa como un tributo a una deidad antigua y remite a

creencias paganas, que contrastan de manera radical con la lógica y los valores de la vida moderna. En *El cielo de la selva*, este acto aparece de forma explícita cuando la comunidad ofrece carne y sangre como ofrenda a la selva, concebida como un dios, capaz de decidir sobre la vida y la muerte de quienes habitan en su territorio:

La selva da y la selva quita. La selva les permitía vivir dentro de su panza, abría y cerraba los caminos porque era dios, y con dios no se juega, mucho menos con la comida de un dios que ha permanecido a la espera de que sus bestias, los súbditos de su esplendor, vengan a ofrecerle el tributo prometido: la carne, la axila sudorosa a peste joven, a peste de vida, la sangre donde brotan las hormonas en forma de capullos. (p. 65).

Este acto de entrega a lo sagrado no se agota en sí mismo, sino que inaugura un ciclo destinado a repetirse. El sacrificio parte de una lógica circular que estructura la vida en la hacienda.

Finalmente, podemos decir que en *El cielo de la selva* lo cíclico se convierte en un eje estructural y simbólico que refuerza el horror que atraviesa la novela. La repetición constante de sacrificios, nacimientos y muertes dentro de la comunidad no solo subraya la dependencia de los personajes frente a la selva, sino que también materializa la ineludible continuidad de un orden primitivo que desafía toda lógica moderna. Elaine Vilar Madruga teje este ciclo de vida y muerte con maestría, sumergiendo al lector en un espiral de miedo y fascinación: la selva devora y renace, los ritos se repiten y la comunidad se encarga de perpetuar el ciclo, revelando que lo primitivo permanece latente bajo la superficie de lo moderno y acecha incluso cuando creemos haberlo dejado atrás. Así, la novela se convierte en un festín de terror y extrañeza, donde la naturaleza se muestra cíclica y, entre sus misterios, siempre hay algo que espera volver a surgir.

Carolina Martínez Hernández
Universidad Autónoma de Tlaxcala
carolinamartinez.h9090a8@gmail.com
